RETROGRESIÓN

Excelsior el 29 de febrero de 1932, núm. 928[151].

Al segundo día de estar en el pueblo, Ramiro sintió el afán de ironizar y escribió a sus compañeros de redacción.

"Ya veis cómo es sólo cuestión de horas para un hombre de talento como yo el aclimatarse a una nueva manera de vivir. Esta mañana me desperté al alba y reintegrado al sentimentalismo de mis lejanos diez y siete años, me planté en la loma más próxima para contemplar, abiertos a plena admiración los ojos, la salida del sol. Y como un héroe de una novela por entregas, sentí robustecidos mis pulmones y aligerada el alma[152]. Con otras salidas de sol como ésta, no sería extraño que me saliesen alas en las espaldas"…

"Lo único que me falta ahora, para completar mi retrogresión espiritual, es volverme a encontrar con una novia como aquella de mis diez y siete años, que supiese darme la ilusión de creer que la felicidad humana puede concentrarse toda íntegra en una rosa perfumada o en una claridad plenilunar"…

Estampó su firma que fue como un dibujo absurdo y modernista y luego se puso a silbar el último *blues*[153]. ¡Ya que se hallaba aquí, medio desterrado en el pueblo, un pueblo de callejuelas sucias y casonas grises de polvo, nadie podía quitarle el recordar la ciudad amada y lejana silbando una de aquellas composiciones importadas, de armonía rara y desconcertante, sin las cuales, él, hombre modernismo, con cosquillas en los pies, no podía concebir la vida!

[151] Localizado por José María Fons en la biblioteca personal de Alberto Montilla. Transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Rizal de la Universidad Ateneo de Manila, que carece de paginación.

[152] El protagonista ironiza sobre los efectos del aire puro del campo y el imaginario literario de la novela por entregas, por lo que Laygo asume que su público lector es probablemente el mismo.

[153] Este género musical se originó entre la población negra de Estados Unidos a finales del siglo XX, y se encuentra entre las raíces del jazz.

"Estampó su firma que fue como un dibujo absurdo y modernista y luego se puso a silbar el último blues".

¿Al Club? ¿A la botica? ¿A volver a matar las horas estúpidamente discutiendo con filosofastros de la nueva hornada los últimos sucesos de Shanghai o los recientes desenvolvimientos en Washington? No; mejor que esto era cualquier cosa: coger un caballo y cruzar a galope tendido los campos o sino simplemente recorrer estas callejuelas ahora barridas de polvo gracias a una lluvia tempranera. Así podría, ya en plan de rememorar, reintegrarse plenamente a la dicha pasada y ya imposible de sus diez y siete años. Porque era de ver entonces cómo durante estos días iniciales de mayo llegaba a la plenitud de sus ilusiones realizadas. A media tarde y como respondiendo a una consigna divina, rompíase en cataratas el cielo y la lluvia, tupida, sonora, envolvía en una ola renovadora el pueblo. Él se ponía a limpiar sus zapatos blancos porque sabía que a la media hora escasa, la lluvia, como respondiendo a

otra consigna divina, se iría alejando, alejando como una cabalgata fanfarriosa en fuga hacia las montañas. Él se sentía entonces en sus glorias y a la caída del sol, bajo la caricia maga del *tramonto*, se lanzaba a lo que él llamaba muy donjuán, sus conquistas.

Ahora se reía un poco irónicamente Ramiro de lo que era él, con sus pretensiones donjuanescas en aquellos tiempos. Hubiese sido más justo y más acorde con la verdad hablar en singular. Conquistas no había tenido más que una. Y era por ella por la que se sentía dueño del mundo cuando ya luciendo el traje blanquísimo de hilo, el calzado blanquísimo, el blanquísimo sombrero de paja, no podía caber en las calles de tan hinchado que estaba. Claro que todo se reducía a cruzar y recruzar frente a la casita aquella humilde, rodeada de tapias y sumida en la quietud de la huerta, pero era de ver cómo todo se iluminaba, la calle, la casa, el cielo, cuando por entre los barrotes del portal alcanzaba a verla, a ella, la mujer única, encorvada sobre sus plantas y sus flores como una visión de gloria…

No era más que eso pero era todo. Todo, todo. La vida, las ambiciones, los sueños. Diríase que para él, toda la eternidad era aquel momento formidable, sin principio y sin fin, como suspendido de la mano de Dios nada más que para hacerle feliz…

Y ahora…

Y ahora…

Ya vestido, igual que a los diez y siete años, blanquísimo terno de hilo, zapato blanquísimo y blanquísimo sombrero de paja, Ramiro hubo de murmurar, ya en tono de pregunta: "y, ¿ahora?".

Ahora, por de pronto, por muy grande que fuese su afán de ironizar —en La lucha tenía una columna diaria de sutiles ironías— no se atrevería a escribir dos líneas de chacotas a sus compañeros de redacción. En lo más íntimo de su alma, sentía que dentro del

“Luciendo el traje blanquísimo de hilo, el calzado blanquísimo, el blanquísimo sombrero de paja”.

sentimentalismo de que en la ciudad —llena del ruido del jazz— hacían burla las gentes y con ellas él, había cosas sagradas. Si allí la gente se despertaba ya con el sol camino del *zenith*, aquí en el pueblo era casi un rito el ver salir al sol. En los primeros días, no comprendiendo este rito, ya olvidado de tan lejano en sus recuerdos, se reía él y hasta, como a los dos días de llegar al pueblo, escribía de ello, ironizando. Pero poco a poco, a medida que iban pasando los días y se renovaban los recuerdos con la visión de cosas viejas, se fue dando cuenta de que, después de todo, había algo bello y grande en la sencillez pueblerina. Insensiblemente, se fue acomodando a la manera de ser de estas gentes y ya no había mañana en que no fuese corriendo, por temor de perder el espectáculo grandioso y siempre renovado, loma arriba para contemplar saliendo al sol. Y no era esto sólo; también había otras pequeñas cosas que iban adquiriendo proporciones de drama o de tragedia en las perspectivas nuevas que se le abrían al alma; este paseo tardecino por ejemplo…

Cuando pensó en darlo, no pensaba en nada. Sólo desentumecer el cuerpo, sacudirse la murria de los días pasados y acaso, un poco nada más, sorber la gloria del atardecer disuelta en el oro y violeta del cielo, la esmeralda de los platanares, la ambarina transparencia del aire perfumado. Pero poco a poco, el paseo había ido tomando perfil: ya no sería un paseo al azar, hacia donde le llevasen los pies. Este paseo de hoy, —y en los labios de Ramiro la flor de la ironía ya era flor de tristeza— tendría algo de rito porque sería un paseo de retrogresión…

IV

La casita todavía existía: la tapia también. Sólo habían envejecido un poco. Los barrotes del portal, de madera, habían sufrido más las crueldades del tiempo. Uno, carcomido, se desviaba en violenta contorsión de los demás y se adivinaba que un empujón cualquiera

los hubiera hecho añicos. Adentro, la huerta, descuidada, ya era la naturaleza bravía, invadiendo platabandas y parterres…

Ramiro se quedó clavado en frente. Y como en otros tiempos, por su vida pasó el instante formidable que equivalía a toda una eternidad. Sólo que esta vez ya no era un momento suspendido de la mano de Dios para hacerle feliz, sino la concreción de todas las tragedias. Porque él, Ramiro, el sutil ironista de La lucha comprendía hoy que ausente la visión de los antiguos días —una mujer encorvada sobre sus plantas y sobre sus flores— ya todo había terminado para su vida. Comprendía que un viaje de retrogresión espiritual era imposible si faltaba lo principal. Y lo principal para él era esta que ya no veía, que ya no podía ver. La mujer aquella, arrojada por sólo Dios sabía qué derroteros de la vida…

Giró sobre sus talones; volvió a su casa.

Y al día siguiente, volvió a Manila, a volcar nuevamente en las columnas de La lucha sus sutiles ironías.